

Pero “literario” no sólo es el discurso construido con una intencionalidad y una estrategia ficcional definida -que dicho sea de paso no se puede parangonar con la asociación libre del habla en el análisis psicoanalítico- sino que también lo es el discurso que intenta comprenderlo y el que define los marcos textuales que le otorgan su rasgo específico o literariedad. Esta condición esencial es comunicativa y se inserta en una tradición que no se puede obviar sin riesgo de caer en inconsistencias; como exigir a la literatura que “documente”, o reducir el sentido a las intencionalidades “del autor”, o considerar “indigenista” un texto que no necesariamente lo es.

También en la escritura “seria” y “no literaria” de las ciencias sociales es decisivo lo que se calla o no se analiza: la condición literaria, imaginaria, de su propia textualidad. ¿Será porque se pretende ocultar el propio carácter subjetivo, interior, de lo que se dice en nombre de la ciencia?

Tal vez reconocer la propia escritura como “síntoma”, permita también superar esta vocación reduccionista que convierte el discurso literario en un documento, así como el representacionismo ingenuo que parte de la suposición de que todos los procesos sociales y su densidad conflictiva tienen que transitar por los canales de la literatura. Es bueno recordar, que cualquier discurso y no sólo el literario no muestra “toda” la realidad. (Miguel Ángel Huamán).

Óscar Ugarteche; *LA ARQUEOLOGÍA DE LA MODERNIDAD. EL PERÚ ENTRE LA GLOBALIZACIÓN Y LA EXCLUSIÓN.*
Lima, 1998, Desco, 253 pp.

El conocido economista peruano Óscar Ugarteche ha publicado un reciente ensayo, que en nuestra opinión, transgrede de manera consciente los límites académicos impuestos tradicionalmente a su disciplina. En él se aborda de manera autoreflexiva y original el contra-

dictorio contexto en el que se desenvuelve el fenómeno de la “globalización en el Perú” actual.

Si bien el texto que ahora nos entrega tiene un claro hilo de continuidad con “la trama conceptual” de sus trabajos científicos anteriores (*El falso dilema: América latina en la economía global*, Caracas, 1997 y *La hegemonía en crisis*, Lima, 1990); más allá de los cálculos y estadísticas en los que se mueven normalmente los debates teóricos y técnicos de la teoría económica, el autor ingresa ahora en un terreno no muy frecuentado de la reflexión sobre el lugar desde el que se efectúa la observación económica: el Perú. Se trata en realidad de “una reflexión sobre el Perú en la globalización”.

Pero esta “reflexión sobre el Perú”, no nos remite en este caso a la tradicional mirada objetivista socioeconómica, sino a la mirada misma. Y es aquí donde precisamente se encuentra la relevancia del presente texto para las ciencias humanas. “La crisis de los paradigmas –dice– nos fuerza a hacer lecturas filosóficas de la realidad, dado que tanto la ciencia como las otras verdades parecen estar cada vez más lejos de la realidad”.

En efecto, el epígrafe del gran poeta norteamericano T.S. Eliot con que encabeza la *Introducción* de su libro, nos confiesa frontalmente la fuente experiencial de dicho desencuentro. La pauta de lectura de la realidad se ha hecho más complicada, de muertos y vivos, el mundo se ha hecho más ajeno a medida que envejecemos, y ello lo remite a pensar críticamente el hogar donde comenzamos nuestra aventura intelectual. “una reflexión sobre los cambios ocurridos en el Perú en la última década”, no en relación a un paradigma abstracto y externo de científicidad económica –precisamente en cuestión– sino en relación a la “mirada desde el Perú”, es decir, al sentido común con que los peruanos vemos y decidimos activamente –y no tanto teóricamente– nuestra contradictoria inclusión en la globalización actual:

“Al final, desde mi punto de vista, el problema del Perú más que económico es cultural. Estamos atrapados por una carga histó-

rica que no nos deja avanzar y de la que nos tenemos que librar,... que impide una sociedad de iguales, necesaria para el funcionamiento de la economía de mercado o de cualquier tipo”. Terrible herejía demitificadora de aquel catecismo tecnocrático que cree que la modernización de nuestro país sólo consiste en sustituir la retórica de una teoría económica llamada proteccionista por otra liberal, o en un mero cambio del marco jurídico estatal, o en una mera incorporación de instrumentos tecnológicos o financieros.

Ugarteche rastrea “arqueológicamente” las huellas que nos remiten a los orígenes de estas imágenes fetichistas de la modernidad. No se trata de un lugar histórico, en el sentido de un acontecimiento particular, sino de una suerte de matriz cultural creada por nosotros mismos a lo largo del tiempo, que subyace de manera invariante a los cambios retóricos circunstanciales. Una “red de comprensiones” que “desde distintos ángulos” articulan nuestra propia “noción de progreso” y de modernidad. El autor muestra que toda esta red se construye sobre la base de una “cultura de la exclusión” y de la “subordinación”, que tiene como evidencia intuitiva fundamental una forma de vida en la cual la convivencia no admite el “derecho” a la “igualdad” del otro –lo que llamamos el derecho a la ciudadanía– como algo normal y evidente.

En esta intersubjetividad cultural peruana, el “otro” no es sino una forma simbólica de percibir el lugar de todos los que me rodean en una escala jerárquica de subordinación. En dicha intersubjetividad, los distintos ángulos, sólo tienen como espacio de referencia el arriba o el abajo. Dicha retícula cultural no incluye la percepción de ningún plano horizontal socialmente significativo, que nos permita ver un “nosotros”. Tal es el punto de partida de sus reflexiones sobre nuestras aporías “económicas”. Resulta que en realidad, “es difícil *hablar* de una economía de mercado (o siquiera de economía a secas) sin la existencia de sujetos iguales ante el otro y ante la ley”.

En este contexto cultural sólo puede surgir una noción puramente retórica o “epidérmica” de progreso moderno, en la medida

que la diferenciación social tiene poco o nada que ver con el incremento de la productividad del trabajo, es decir no depende de la actividad económica individual, sino a la inversa, es previa a ésta y determina *a priori* el lugar laboral del individuo. La modernidad social sólo se establece entonces epidérmicamente en las manifestaciones externas del consumo, como acto de derroche o de decoración que otorgan prestigio al sujeto que lo ejerce.

El consumo es el resultado de una distribución realizada independientemente del trabajo social y por tanto de la actividad económica, y escapa por ello totalmente a la percepción de la teoría económica moderna, sea liberal o socialista, cuyo axioma básico es la teoría del “valor trabajo” o de los “factores de la producción”.

En pocas palabras, en nuestro país la diferenciación social es premisa y no resultado. Está establecida por una gama de motivos, que como bien señala el autor, van desde los factores de consanguinidad y parentesco, regionales, raciales, sexuales, religiosas, hasta culminar en las correlaciones de fuerza que configuran la distribución de los poderes políticos locales y centrales. “...es un fenómeno cultural, que deriva en social y económico”.

Pero esta realidad no sólo escapa al “discurso” de la economía moderna, escapa también a la acción y la teoría política moderna, la cual parte de la misma premisa contractualista de que la diferenciación y lucha social se produce a partir de la diferenciación laboral y por tanto, que la racionalidad de los agrupamientos políticos expresan las hermandades y disputas por la distribución de la torta común entre los diversos factores de la producción o clases sociales que se forman a partir de dicha actividad productiva.

En nuestro país, la racionalidad política es completamente inversa. Los agrupamientos y las disputas por la distribución de la riqueza social no van de abajo a arriba (de la economía al poder político), es decir, no tienen un carácter clasista-horizontal, sino a la inversa, son los grupos que se organizan en torno al poder (“señores y su séquito” como decía Basadre) los que determinan el “reparto de privilegios” desde su posicionamiento en el poder. El poder político

(central o local) no es la consagración de una riqueza obtenida en la producción, sino más bien el origen de toda riqueza.

Por ejemplo, como bien señala Ugarteche, en el Perú “el crédito no es un asunto de dinero”, esto es, su asignación no depende de la pructividad del receptor (o de su capacidad de maximizar su rentabilidad) sino de su ubicación en la jerarquía clientelística del poder (que algunos denominan “capitalismo de compadrazgo”) y puede tomar la forma de derroche aristocrático o reparto plebeyo (populista). El *telos* de nuestra racionalidad social no es la creación y maximización de riqueza que orienta el mundo moderno (socialista o capitalista), sino el consumo de subsistencia, que nuestra conciencia histórica caracteriza como una sucesión de oportunidades perdidas, de riquezas derrochadas o desperdiciadas, de imprevisión de nuestros gobernantes, etcétera.

Pues bien, es ésta estructura clientelística de distribución social, sobre la que se eslabonan todos nuestros estratos sociales, la que se ve amenazada por los procesos actuales de modernización. Apetecemos plebeyamente el masivo consumo moderno, o ansiamos aristocráticamente sus resultados fastuosos, pero aborrecemos la lógica maximizadora de la producción que ella supone y nos demanda. Esto origina nuestra contradictoria cultura “provinciana” con la que vemos la “globalización”. Queremos ser invitados al festín de riqueza creada, pero nos sentimos excluidos por su implacable competitividad productiva y por tanto temerosos de ella. Por ello fluctuamos nerviosa y pendularmente entre el proteccionismo chauvinista y el servilismo aperturista. Entre la fobia a lo “extranjero” y la actitud femenino-pasiva de “penétreme y lléneme de crecimiento económico”, entre el mito autarquista del “imperio de los Incas” y el mito de que “los extranjeros van a resolver nuestros problemas”, o el sueño reciente de que “Japón nos va a dar dinero” o la visión mendicante del “mundo, como el rico que nos salva”.

Hay un común denominador que está en la base de ambas alternativas, el autoninguneo cultural. Por un lado, el mito naturalista de nuestras riquezas, que se sostiene en “la idea de que las piedras

de los cerros nos van a enriquecer a todos” (o el guano de las islas, o el petróleo del subsuelo, o las riquezas que encierra el mar peruano etc.), mito que nos imagina desde el siglo XIX, sentados en un “banco de oro”, o poseedores de misteriosas “ventajas comparativas”, prestas a nuestro enriquecimiento fácil. El telurismo, es la compensación simbólica de nuestra falta de autoestima subjetiva.

Por otro lado, el mito del estado proteccionista, como macrosujeto jurídico-político de nuestra modernidad, controlista y redistributivo de nuestras fabulosas riquezas naturales. Paradigma novecentista sobre nuestra modernización que ha marcado casi todas las variantes nacionalistas de nuestro siglo XX. La frustración de ambos mitos, ha originado finalmente un tercero, la salida individual, la migración al extranjero, “todos conocen a alguien en Estados Unidos. Y tienen la esperanza de partir algún día”. Con ello el autoninguneo (individual o social) se ha consagrado como sentido común. El asunto es que la ausencia de un *homo faber*, como sujeto central de nuestras imágenes del Perú, ha generado un profundo desprecio por el individuo en la forma de una falta de autoestima de perversas consecuencias autodestructivas y desintegradoras en nuestra vida social.

La primera de ellas, es la consolidación de lo que Ugarteche denomina como una “cultura monologal”, cuyo sujeto es el “poder”. No vale la opinión individual, ni el discurso argumentativo. El lenguaje no tiene validez dialógica o contractual, la palabra no vale nada, la sospecha la precede. Así es imposible establecer relaciones contractuales (económicas, jurídicas o políticas), particularmente un “mercado que funcione sobre la base de la información”, como demandan los procesos actuales de globalización y los cambios científico técnicos.

Paradójicamente, esta misma situación bloquea la ansiada venida del “capital extranjero” o de las “transnacionales industriales”, en las que han puesto todas sus expectativas las alternativas aperturistas. Según Ugarteche lo que llega es “sólo el comercio producido por las transnacionales”, pues su llegada y real instalación

requeriría la existencia de una extensa mano de obra calificada, así como de mercados internos importantes.

Pero nuestra estructura clientelística está basada en el uso extensivo de mano de obra barata (no calificada) y exportación de materias primas (cuya competitividad no depende de la productividad), la cual bloquea toda expansión social del mercado de consumidores. En consecuencia, a fines del siglo XX, “de los veintitrés millones de peruanos únicamente dos millones forman parte del mercado”. Resulta por ello paradójico el actual endiosamiento del mercado para resolver los problemas nacionales. En el Perú “el mercado no es la sociedad...¡ojalá lo fuera!... y no lo es, porque no somos una sociedad de iguales”.

Para colmo, según Ugarteche, el mito de nuestra modernización a partir de la “exportación minera” choca hoy más que nunca con el proceso de desmaterialización creciente de la producción mundial, que usa cada vez menos materias primas naturales y recurre crecientemente a su sustitución por nuevos materiales. Por ejemplo, el consumo mundial de cobre, entre 1960 y 1990 ha caído del 4.3 al 1.4, mucho antes de la debacle originada por la actual crisis asiática, que ha terminado por hundirnos en la recesión.

Lo mismo parece acontecer con la educación pública, verdadera clave para la calificación masiva del trabajo. Pero los bajos salarios con que se remunera la calificación especializada, han creado una “educación para la frustración”. El deterioro de la inversión en la calificación docente, choca hoy más que nunca con los requerimientos que plantea la velocidad de las innovaciones científico-técnicas para la competitividad de nuestra producción en los mercados mundiales. La realidad es que el empleo y el salario no dependen en el Perú de la calificación individual. Hay por ejemplo centros de estudio “A”, cuyos títulos funcionan como el viejo “tarjetazo” o como títulos de nobleza, nos hablan del nivel jerárquico al que pertenecemos y no de la real calificación o competitividad del individuo. Y es lo primero lo que decide el destino laboral, no lo segundo.

Toda esta situación crea una profunda inseguridad cultural frente a todo lo que sea “extranjero”, una falta de autoestima subjetiva originada por nuestra dependencia clientelística en la distribución de la riqueza que no deja lugar al orgullo plebeyo en nuestros propios méritos personales. Por ello, no nos vemos subjetivamente incluidos en nuestras propias imágenes de la globalización. La llamada “aldea global” se nos aparece como un mundo extraño y amenazante para todos los niveles de la jerarquía social. Ugarteche muestra cómo la gran crisis de las bolsas asiáticas y de Nueva York de octubre de 1997, apenas motivó al diario *Gestión* (el periódico de los “negocios”) la mera traducción de un artículo del *Financial Times* de Londres. No era nuestro problema ni nos consideramos interlocutores válidos, hasta que el siguiente año se desmoronó sobre nuestras cabezas casi la mitad del valor de nuestras exportaciones.

El asunto es que si no rompemos esta densa red sociocultural premoderna que determina nuestra actividad económica, seguiremos presos de un paradigma cultural sobre nuestra modernización, que no sólo incrementará nuestra exclusión del mundo contemporáneo, sino lo que es peor, la frustración, la desintegración y la autodestructividad de nuestra comunidad. La evolución de la estructura del comercio mundial, mostrada por Ugarteche, es un indicador dramático de las consecuencias económicas de nuestras aporías socioculturales. Entre 1960 y 1992, la participación de los países desarrollados se ha elevado del 65.9 al 71.5 por ciento, mientras que la de América Latina ha decrecido del 7.7 al 3.7 por ciento.

En la base de dicha separación se encuentra el alarmante diferencial de productividad que se viene incrementando entre países pobres y ricos, “la distancia entre Burundi, el país más pobre en 1985, y los Estados Unidos, el más rico ese año, en términos de ingresos, fue de 72.5 veces el PBI per capita. Pero en 1994, la distancia entre Ruanda y el Japón (el más pobre y el más rico respectivamente para dicho año) se elevó a ¡432.8 veces!”. Asimismo, el ingreso de los diez países más pobres cayó en 30% entre 1985 y 1994,

mientras el ingreso de los cinco más ricos aumentó en 97% en términos del PBI per capita.

La lectura es escalofriante. Pero lo más importante de la reflexión del economista Óscar Ugarteche, es que su ensayo no pretende concluir con un tradicional y desacreditado recetario de soluciones económico-tecnocráticas a las que tan acostumbrados nos tienen los economistas de oficio. Por el contrario, el autor culmina con el señalamiento de que tanto el problema como su resolución no se sitúan fuera de nuestra propia intersubjetividad cultural, en algún poder político o económico omnímodo, ubicado fuera de nuestro alcance.

No es esencialmente un asunto de tecnócratas económicos o de grupos de poder político, sino que sus raíces se sitúan en la racionalidad ético-cultural que gobierna las reales formas de vida y de entendimiento intersubjetivo de nuestras sociedades. Depende de nosotros mismos su examen crítico y transformación. Particularmente compete a las ciencias humanas, no sólo su análisis y demitificación, sino la apertura e invención de nuevos horizontes culturales que desborden el paradigma decimonónico de modernización, por desgracia aún vigente en nuestra imaginación cotidiana. (José Carlos Ballón)

Gonzalo Espino Relucé. *ADOLFO VIENRICH: LA TENTATIVA DE LA OTRA LITERATURA PERUANA.* Tesis para obtener el grado de Magister en Literatura peruana e hispanoamericana. Lima, 1996, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Desde sus inicios literarios, Gonzalo Espino Relucé manifestó una acendrada vocación por el estudio de las manifestaciones literarias que parecían marginales según el canon oficial. Con el transcurrir del tiempo, su interés particular se suma a una preocupación académica que viene ganando a un gran número de estudiosos. De esta